

Como una prolongación de las clases del P. Hornedo, he de señalar el descubrimiento del atractivo de la Historia literaria. De aquellas pasé directamente a las largas tardes de vacaciones de verano enfrascado en la lectura apasionante de la *Antología de poetas líricos* de Menéndez Pelayo, seguida de los *Orígenes de la novela*, y de una buena parte de los artículos y discursos de sus siete volúmenes de crítica histórica y literaria. Inmediatamente después vino la *Historia de las Ideas Estéticas*, en la que hallé la que me sigue pareciendo la mejor exposición crítica de la cultura francesa, inglesa y alemana de la edad contemporánea decimonónica. A todas estas ya estaba yo cursando filosofía, cuando me encontré con la sorpresa de que mi madre le había sugerido a su hermano Domingo, que vivía en La Habana, un estupendo regalo: el de todos los volúmenes de las obras de Menéndez Pelayo que más me interesaban, incluidos los *Heterodoxos*, aunque por mi parte miraba esta obra con no poca desconfianza.

Por lo demás, aquella alimentación terrena no se agotaba en las páginas de los libros. En Comillas hubo algo muy excepcional por aquel entonces en cualquier centro educativo español: la música. Mi atracción por ella había sido muy precoz. Me veo a mí mismo fascinado y perplejo —¿cinco, seis años?— ante la que brotaba de un aparato de radio. Fue en la sala de música de la casa de Guriezo, llamada así por los instrumentos con que se habían ejercitado algunas de mis tías —un violín, una mandolina, un piano— y las partituras apiladas en el pequeño mueble que sostenía la radio. Después, en Comillas, nos iniciamos desde primero de Latín en el estudio del solfeo y me hicieron unas pruebas de voz que no debieron de resultar demasiado satisfactorias, pues no fui seleccionado para la *Schola Cantorum*. No recuerdo cuándo la escuché por primera vez en la iglesia de la Universidad, sin duda en la primera festividad a la que acudiéramos los pequeños. Pero sí que me acuerdo del primer concierto público en el salón de actos el día de Santa Cecilia. La *Schola*, bajo la dirección del P. Ignacio Prieto, intervendría en todos los días señalados, litúrgicos o profanos, y formaría nuestra cultura musical: canto gregoriano, Bach, Mozart, Wagner, Liszt, Franck, Palestrina, Tomás Luis de Victoria, Goicoechea, y, una amplia representación de música tanto religiosa como profana. Cada año, la culminación de la música estaba en los Oficios de Semana Santa, con la combinación del gregoriano, Tomás L. de Victoria, sobre todo, y las composiciones originales del P. Otaño,

fundador de la *Schola*, y del propio P. Prieto. Aquellas retransmisiones radiofónicas de la Semana Santa comillesa debieron de ser las primeras que se llevaron a cabo en España.

Por razones que sería largo de explicar ahora, la música, en los ambientes de formación clerical, participaba de la sospecha vertida sobre cuanto sonara a «terreno», a «mundano», y, en consecuencia, había estado siempre confinada a la sala de música, en la que tenían lugar los ensayos de la *Schola* y donde el P. Prieto, aislado en una especie de santuario, acostumbraba a escuchar, él solo, la espléndida colección de discos —aquellos discos de 78 revoluciones—, o las emisiones de radio en un precioso aparato de la época que envidiábamos y oíamos a veces de lejos. Que supiéramos, en todo el Seminario y Universidad de Comillas no había otro.

Pero la situación iba a cambiar gracias precisamente al P. Schökel. Comenzó por convencer al P. Prieto del interés que tendrían para los alumnos unas emisiones sistemáticas que llegaran a los grandes refectorios, mediante el sistema radiofónico ya existente. De este modo, la música, acompañada de escuetas explicaciones del director de la *Schola*, sustituiría un día a la semana las lecturas habituales. La aceptación que tuvieron las emisiones fue unánime y la cultura musical se elevó notablemente. El paso siguiente consistió en lograr que el P. Prieto venciera sus reservas —no todos los «superiores» vieron la medida con el mismo entusiasmo— y acogiera en la sala de música, con su mejor disposición, a un grupo de alumnos particularmente aficionados, para unos «conciertos» que empezaron a llenar los largos recreos vespertinos de los domingos.

El P. Prieto había conseguido reunir una impresionante discoteca, la mayor parte de cuyos discos procedían de los recibidos por él como crítico de novedades discográficas de la revista *Ritmo*. Faltaban algunos años para la aparición en España del disco microsurco, pero muchas de las grabaciones en 78 revoluciones habían alcanzado una notable calidad. A lo largo de algunos años aquel grupo de «escogidos» tuvimos acceso a todas las figuras prominentes de la historia de la música occidental desde el Renacimiento y el Barroco a los románticos y los contemporáneos. Descubrimos en particular a Brahms, y tras él a Debussy, Ravel y Stravinsky, seguidos con entusiasmo de discípulo por el P. Prieto. El nombre de Stravinsky me trae a la memoria las encendidas discusiones que

suscitó entre nosotros la primera audición de la *Consagración de la Primavera*. Constituyó la revelación de la música contemporánea para quienes andábamos a vueltas con Ortega y las páginas de *Musicalia*, tan sugestivas como parciales. En realidad, la música contemporánea, bajo la «dirección» de Prieto y Schökel, fue un elemento clave de nuestra formación cultural junto a la «revolución» silenciosa desencadenada en el terreno literario.



#### EN BUSCA DE UN FUTURO INCIERTO

Lo curioso es que mis estudios de Filosofía comenzaron con malos augurios. La razón era muy simple: yo no quería dejar la Literatura. Abandonar aquella especie de cielo protector por unos estudios que no entendía muy bien en qué consistían. Yo había disfrutado en las clases de Literatura con la serie que me parecía interminable de hallazgos por mi cuenta, concretamente durante las lecturas de verano en la Biblioteca Municipal de Santander: largas tardes en aquella sala inundada de sol, bajo la presencia tutelar del perfil de la estatua de don Marcelino. Era un adolescente con dieciocho años recién cumplidos, por más que mi formalidad fuese patente a los ojos del personal de la biblioteca que me veía enfrascado en la lectura de obras «serias».

Claro que el grupo de amigos del mismo curso se mantenía intacto: a Luis Maldonado y a mí, que «datábamos» de los once años, se habían ido añadiendo otros durante los cursos llamados de Retórica: Ignacio Escribano, Paco Casero y José Moreno Labrador, todos manchegos; Carlos A. Monreal y Manolo Marco, levantinos; Emilio Olávarri, vasco; Julián Estrada y Luis Benítez, toledanos; Lucio García Ortega, burgalés. Sin que lo dicho signifique que fuese una especie de círculo cerrado. Todo lo contrario. No quiero pasar por alto a dos muy queridos compañeros catalanes: Jordi Bertrán y Gabriel Blancafort; un vallisoletano, Nicolás Benito, y un zamorano, J. Luis Vilorio. A nuestro mismo curso vinieron además a agregarse dos hispanoamericanos, Roque Adames y Gilberto Jiménez. Y el recuento no estaría completo sin la mención de un muy vivaz e inteligente aragonés de adopción, procedente del seminario de Tarazona, José Bailo, a pesar de no pertenecer a nuestro curso. Las increíbles historias de su estancia en ese seminario nos dejaban boquiabiertos.